



Cincuenta años del cajero automático a la luz de las políticas de competencia



Por Bernardo Bátiz-Lazo (Universidad de Bangor, Gales)

En mi libro, “Cash and Dash: How ATMs and Computers Changed Banking”, que será presentado en el ITAM de la Ciudad de México el 13 de septiembre de 2018, utilizo a los cajeros automáticos (ATM por sus siglas en inglés) para investigar el impacto de largo plazo que tuvo la primera ola de digitalización de la banca. En la historia de disrupción que jugaron estas tecnologías, es interesante reconocer cómo influenciaron la dinámica de competencia económica y los marcos jurídicos que la defienden en diferentes países. Esto pues desde su introducción a finales de los años setenta los ATM han sido parte integral de las políticas de competencia industrial y de gran interés tanto para reguladores anti-monopolio como aquellos involucrados en supervisar la concurrencia bancaria.

Por ejemplo, en los Estados Unidos, cuando todavía estaban en vigencia los límites a la expansión geográfica, algunos estados consideraban al ATM equivalente a una sucursal bancaria y, por lo tanto, estaban sujetos a los mismos procedimientos de autorización. Al mismo tiempo, algunos estados, como Iowa, exigieron que todos los bancos de ese estado tuvieran acceso compartido irrestricto a cualquier cajero automático. Este tipo de reglamentos ponía en entredicho las estrategias de muchos bancos que veían en el ATM un canal de distribución alternativo a la sucursal, uno que pudiera mantener o incluso atraer nuevos depósitos de personas que migraban hacia los suburbios de las grandes ciudades, así como una posible ventaja comparativa frente aquellos bancos que careciesen de cajeros automáticos.

En 1985 un ordenamiento de la Suprema Corte de Justicia descalificó las normas estatales que consideraban los ATM equivalentes a las sucursales bancarias. Para entonces existían aproximadamente 60,000 cajeros automáticos y poco menos de 250 redes compartidas en la Unión Americana. Diez años después, en 1995 el número de cajeros se duplicaba alcanzando casi 123,000 mientras que el número de redes compartidas se reducía a 50. En la actualidad se estima que existen poco más de 430,000 cajeros en los Estados Unidos mientras cinco redes compartidas controlan el más del 80 por ciento del tráfico.

El desarrollo inverso entre el número de ATM y redes compartidas dio lugar a un gran esfuerzo por comprender el papel de los cajeros como barreras a la entrada al mercado de depósitos personales y el creciente mercado por retiro de efectivo. Así por ejemplo, el trabajo seminal de Michael L. Katz y Carl Shapiro utiliza al ATM para introducir el concepto de economías de red(*). Sin embargo, hasta nuestros días el principal interés conceptual y empírico se centra en estimar los diferentes determinantes de las tasas de intercambio (interchange fee) que se generan en una red compartida.

Desde finales de los años noventa, en países como Alemania, Holanda, España, Estados Unidos y Gran Bretaña, se ha observado un cambio significativo en la organización industrial alrededor de las redes compartidas de cajeros automáticos y los mercados de depósitos personales y retiro de efectivo. Este cambio se dio gracias a la participación cada vez más activa de intermediarios financieros no bancarios especializados en la gestión de cajeros automáticos (también conocidos como Independent ATM



Deployers o IAD). Inicialmente los IAD fueron esenciales para complementar la difusión y penetración de sus propios ATM por encima de aquellos instalados por bancos, sobre todo en lugares como supermercados, bares o pequeñas tiendas, todos ellos ajenos y distantes a la sucursal bancaria.

El incremento en el uso de pagos digitales y disminución en el uso del efectivo han llevado a una racionalización en el número de sucursales y cajeros automáticos en muchos países. Como consecuencia también se ha observado una reducción en el número de IAD, con la consiguiente formación de gigantes globales tales como Cardtronics, Euronet y Payment Alliance, quienes en forma individual tienen bajo su control cientos de miles de ATMs ubicados en diferentes países y continentes.

Recientemente en algunos países se han desarrollado fricciones competitivas entre los IAD y los bancos. Por ejemplo, en el Reino Unido el total de cajeros creció de 63,924 unidades en 2007 a 70,536 unidades en 2017. Durante el mismo periodo el número de ATM de los IAD pasó de 32,823 unidades (50 por ciento del total instalado) en 2007 a 39,584 unidades (56 por ciento) en 2017, mientras que el de los bancos de 19,495 (30 por ciento) a 27,170 (39 por ciento) respectivamente. Durante los últimos dos años los bancos han promovido una política para reducir las tasas de intercambio y así forzar ya sea la salida de los IAD de ese país o al menos una reducción en el número de ATM bajo su control. Las autoridades de competencia británicas han tomado nota y posiblemente examinen si dicha política es de naturaleza anticompetitiva.

Se espera que para el año 2020 estén en operación cerca de cuatro millones de cajeros automáticos en el mundo, como resultado de la mencionada reducción en países industrializados frente al crecimiento de los ATM en Rusia, China y Golfo Pérsico. En este escenario, pocos son los bancos que se plantean eliminar por completo su red de cajeros (tanto propia como compartida). Aún más, es muy poco probable que el ATM sea un mártir de la guerra contra el dinero en efectivo y la economía digital (cashless society), pues hoy en día los ATM son una tecnología probada, robusta, estandarizada, adoptada por el cliente bancario, difundida a través del mundo y ubicada en lugares convenientes para el cliente. Además, solo el cajero y la sucursal son canales de distribución que el banco controla al cien por ciento y, por lo tanto, claves para operaciones que requieren verificar “cliente presente”. En resumen, es muy probable que los ATM nos sigan dando de qué hablar en términos de políticas de competencia en el futuro cercano.

(*) Katz, M. L. and Shapiro, C. “Network Externalities, Competition, and Compatibility”. *The American Economic Review*, 1985, vol. 75, issue 3, 424-40.

Bernardo Bátiz-Lazo es catedrático en Historia de la Banca en Bangor Business School. Sus publicaciones más recientes incluyen “Cash and Dash: How ATMs and Computers Changed Banking” (Oxford University Press, 2018).